

Algo más sobre la cristiada

Álvaro Ruiz Abreu

*Me iré a reforzar al padrecito. Me gusta como gritan.
Además lleva uno ganada la salvación.*

Juan Rulfo

HAY DOS NOVELAS RECIENTES que se ocupan de los cristeros; una es *El testigo* de Juan Villoro y otra, *Una ventana al norte* del español Álvaro Pombo. Es evidente que el tema es una fuente prodigiosa para la narrativa. Esa guerra es un surtidor de hechos extraños, de exaltación del heroísmo y del martirio y de la fe en la redención. Aparte del periodo de la revolución mexicana, el de la cristiada es particularmente intenso, poblado de mártires y de leyendas, de hechos sin aparente explicación lógica. Más que una guerra civil, la cristera es una cruzada por la fe y contra la religión católica; su particularidad es que desgarrar la historia del país y rompe toda lógica, o bien, sólo puede ser leída a través de varias lógicas, una de las cuales sería la de la mística que según Sholem posee “dos aspectos fundamentales que se contradicen y se complementan: uno conservador y otro revolucionario”.

El problema es cómo leer ese lenguaje cifrado del que cada bando se apropia y que lo explica desde su particular visión de las cosas. En ese intento hay que situar *Una ventana al norte* que inicia esa “gran novela” que no es el producto de un autor sino la construcción colectiva de un relato de varios tonos y matices.

A través del matrimonio de Indalecio Cuevas con Isabel de la Hoz, el lector entra al mundo de los campesinos y desheredados que encabezaron la guerra cristera. Su casa, de altos techos, patio grande en medio, caballerizas y casas para la servidumbre, es una ciudad en rebeldía, un enclave clandestino.

A Pombo no le importa la filiación a una causa, sino el universo narrativo que impregna los alrededores de la casa, y la conciencia alterada y sin control de Isabel de la Hoz.

En el imaginario colectivo, la ciudad de México ha sido considerada como la ciudad de la traición; los capitalinos no supieron defender a Madero; y durante el periodo revolucionario fue una cortesana: dice John Rutherford que se entregó como una puta al vencedor. Y en la guerra cristera volvió a florecer esa imagen de la ciudad como un espacio maldito; aquí fue asesinado el presidente electo Álvaro Obregón y se gestó el levantamiento cristero, apoyado de manera clandestina por centros de acción católica dirigidos por mujeres. La mujer es un baluarte estratégico y un símbolo. Combativa y fiel en su empeño, luchadora de tiempo completo como correo de los cristeros, ocupa un lugar privilegiado en los diarios, las memorias y novelas, en los cuentos y testimonios sobre el tema. *Una ventana al norte* parece haber asimilado bien esta lección. Pombo escogió certeramente a Isabel de la Hoz, un personaje en quien confluyen dudas y certezas, voluntad decidida y valor para empujar a los cristeros en sus objetivos.

Desde su mirada, el sentido de la guerra se vuelve un regreso a la solidaridad humana, un deseo explícito por contradecir algunas leyes de la historia. Isabel es un territorio en el que converge la ausencia y el delirio, el capricho de clase, la solidaridad social con los campesinos y la humildad. Su apoyo decidido a la causa cristera no se debe a sus principios cristianos, en los que no cree, tampoco en su fe, que perdió desde sus años en Santander. Al principio parece un gesto inconsciente o derivado de la inocencia, pero al final es evidente que sabía lo que estaba haciendo. En primer lugar, comprende

el papel de la política de Calles, que trabaja de espaldas a los campesinos que dice defender. En segundo, para ella estos hombres del campo son los desheredados de la historia y su lucha es un canto a favor de la emancipación.

Personaje nada fácil de aprehender, muy temperamental, Isabel de la Hoz es una extensión literaria de la Carlota que vimos en *Noticias del Imperio* de Fernando del Paso, y de Mercedes Biedma de *La guerra de Galio* de Aguilar Camín. Por su fortaleza ante la muerte, su conciencia del cuerpo, sus ideas que rayan en la demencia, estos seres ponen en jaque la cultura y la historia, las costumbres y el imaginario sexual y social de su tiempo. Son representaciones de la realidad en proceso de cambio, siempre al borde de un final trágico; y encarnaciones del deseo erótico y la sensualidad, de la tentación diabólica que es el poder y la alianza con el ángel.

¿Qué piensa Isabel de la Hoz de este país en poco tiempo? Que es una farsa perfecta en la que todo se mueve a través de la voluntad de hierro del presidente Calles. Es una romántica que sabe que su causa no va triunfar y que ella y los cristeros serán asesinados y desaparecidos. Esto sucede con Fabián, su amante moreno, salido de las entrañas del pueblo; secretario privado del general Enrique Gorostieta, es otro personaje completo y singular, cuyo destino trágico le da un sentido humano y libre en esta espléndida novela de Álvaro Pombo. Isabel de la Hoz también nos remite a veces a Isabel Moncada de *Los recuerdos del porvenir* de Elena Garro. Son dos Isabels bajo el mismo fuego de la revolución y su locura, y una misma conciencia de que la historia se hallaba aprisionada entre las piernas de los generales. De la guerra civil silenciada, los “arre-

glos” entre la Iglesia católica y el gobierno de la revolución mexicana, Isabel de la Hoz sólo conoce el verbo *corromper*. Hacia el final de la historia habla del espíritu que anima el país. El de los “arreglos” y la componenda; es decir, todo se puede “arreglar”, inclusive el adulterio de Isabel y Fabián, la traición de don Ubaldo, pues “no hay interrupción en la obra de la Iglesia ni en los sacramentos de la Iglesia: ¿no es la confesión el sacramento del recomienzo absoluto? [...] El ideal de los católicos no es la perfección sino el arreglo, la continuación de la Iglesia y de la vida”.

En la guerra cristera cree vislumbrar un final de la historia que comenzó tres años antes. Isabel de la Hoz es una explosión en silencio de esa historia hecha pedazos que le tocó presenciar. Desde el palco de su belleza santanderina ve el muro que la separa de los campesinos morenos, de ropa de manta, que creen en la redención de sus almas mediante la violencia armada. En una especie de confesión, Isabel piensa: “Parece el final, ¿verdad, don Ubaldo? Lo parece y lo es, y parece también que ha sido un sueño. Y lo ha sido, ¿no le parece a usted?” No le asusta la posibilidad de una muerte durante el parto; “me asusta más ahora empezar la vida con un hijo de Fabián y sin Fabián y sin guerra cristera y sin nada que hacer”. Como Gorostieta, Fabián es aprehendido y sin juicio alguno asesinado a sangre fría. No hay lágrimas para llorar los hechos de la historia; sólo voluntad para empezar a entenderlos, parece decir la conducta de Isabel de la Hoz.

Novela que toma de la historia de la cristiada fechas y nombres, ideas y comportamientos, también usa el poder del género epistolar, de las confesiones y las memorias, del ensayo y la crónica. En esa mezcla, muy moderna, de géneros, se extiende la prosa delirante y profunda, reveladora y extensiva de Pombo; y aparece el alma y el cuerpo siempre anhelante de Isabel, su pacto con el diablo, que se detecta en haber convertido su propia casa en un verdadero cuartel general de la cristiada en la ciudad de México, y en haber hecho una radiografía de la conmoción que era el país en esos años. Es una transgresión permanente de la lógica impuesta por los gobiernos surgidos de la revolución mexicana, y del pasado tan sombrío del país. Y en esto, *Una ventana al norte* es una novedad literaria que llega para enriquecer el acervo de una guerra tan fundamental y polarizada como la cristera. •

ÁLVARO RUIZ ABREU, profesor-investigador de la UAM Xochimilco, es doctor en filología hispanoamericana por la Universidad Complutense de Madrid; fue miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte de 1995 a 2001; ha publicado los libros *La ceiba en llamas*, una biografía de José Carlos Becerra, *Los ojos del paisaje*, crónicas de Villahermosa, así como el ensayo *La cristera, una literatura negada*, entre otros.



FIDEL UGARTE